



PROYECTANDO LA MEMORIA

Juan Carlos Montagna

Actor

Al reflexionar sobre el teatro es difícil explicar un estado de realidad específico. Más aun cuando se es actor y además se plantea constantemente *la mirada* del hecho teatral a través de la investigación. Esto ocurre por las características misteriosas e incluso casquivanas de nuestro oficio. Además, porque la realidad es un estado de continuos movimientos que si bien dejan una huella objetiva observable y estudiable, a la vez ofrecen un cuadro de paradójicas bellezas e inagotables preguntas.

En estos días celebramos los 50 años de la fundación del Teatro de Ensayo de la Universidad Católica. El aporte y significado de este hecho son incuestionables, constituyendo una tradición de hondas resonancias en el devenir cultural de nuestro país en el siglo XX. Cabe preguntarse cómo el Teatro Chileno ha podido afirmar una historia de heroicas supervivencias, en un mundo que escribe una historia dirigida inevitablemente hacia la deshumanización. Es así. Hoy por hoy, atrapados en las ficciones que provocan el pragmatismo y la rentabilidad, las interrogantes por la *verdad* y el *ser* aparecen segregadas a un cuarto oscuro. En la danza frenética de los sentidos básicos –y de las formas estéticas, por cierto– el símbolo está manchado. Si de todos modos el Teatro pertenece a la praxis del mundo, ¿de qué manera pertenece exactamente hoy y de qué manera debería pertenecer? Por otro lado, el Arte representa cuantitativamente un espacio muy insignificante en el juego de intereses del mundo y a la vez sigue siendo eterno y significativo. Nuestro teatro existe, sobrevive y seguimos trabajando por él. En él. Como si fuera el motor que anima la vida, como si fuera el alma de la realidad. ¿Esto será así? ¿Debemos pensar que efectivamente es verdad, siempre, durante todos los segundos de nuestra intimidad y quehacer?

Ahora se agolpan en mi mente tantos recuerdos y anécdotas del paso por la Escuela de Teatro. Fragmentos de ajustes de cuentas y reflexiones, bocetos de un pasado que constantemente irrumpe en el presente con su carga de amable afectividad pero también de violencia. Estoy viéndome. 1985. Egresando de la Escuela de Derecho, bastante intelectual pero también bastante fuera de los cánones de un futuro abogado. Ramón Núñez, profesor y director de un montaje del Taller de Actuación en el que estoy participando como actor, me dice que siga, que entre a la Escuela, que yo sirvo para esto. Hacía ya un tiempo que mi obsesión no declarada era entrar a la Escuela de Teatro U. C. sin medir costos ni consecuencias futuras, sin pensar qué podría tener que ver eso con la carrera que ya había estudiado y que más encima me gustaba. Todo lo que estaba pasándome se relacionaba con una pulsión poderosa e inexplicable y no con esas decisiones heroicas de alguien que por fin estudiará lo que antes no le dejaron estudiar. ¿Por qué me ocurrió lo que me ocurrió? Los años de formación de Actor, el desempeño profesional y todo eso que a uno le ocurre en la vida, en fin, todo eso y todo lo que viene, me van aclarando la respuesta.

Más adelante, soy alumno del mismo Ramón en el curso de actuación realista-psicológica. He terminado un ejercicio de acciones físicas y estoy cargado, estimulado, casi feliz. Se prende la luz y después de un silencio

-que me pareció eterno- él me dice: no te creí nada. Miro a mis compañeros y después de un segundo comprendo que estoy hundiéndome en un pozo oscuro. Semanas más tarde, en el camarín del Teatro U.C., estoy maquillándome junto a Ramón. La Escuela me había llamado a **Esperando la carroza**, un primer trabajo profesional como actor. En Actuación II yo estaba teniendo un desempeño muy errático, pero ese día realicé un ejercicio más del que se me pedía, junto a mi compañero Alexei Vergara. Los *inner states*. Algo importante ocurrió en ese ejercicio. Ramón me mira a través del espejo y dice que me felicita, porque estoy preocupándome de mi profesión. Lo dijo sin su habitual expansividad sino que muy serio. Muy serio. Durante la función yo corría de un lado para otro detrás de las bambalinas, tocando timbres, haciendo pasteles, recibiendo helados que chorreaban y tirando petardos, todo eso mientras me transformaba en viejo para hacer unas fugaces entradas al escenario que causaban mucha risa en el público (lo cual me producía un gran placer). Recuerdo que en medio de esa locura solía darme bastante tiempo para observar a los otros actores y siempre me detenía en Ramón Núñez.

En los años siguientes, haría con Ramón dos obras en la Escuela de Teatro, que además de ser grandes obras significaron experiencias muy importantes en mi formación. **Traición**, de Pinter y **Acreeedores**, de Strindberg, esta última cuando estaba egresando. *Las emociones no se actúan* era una de las premisas claves que se manejaban en esos procesos de montaje. Esto supone todo un universo de acciones y técnicas asociadas a una verdad que está –por decirlo así– dentro del Actor. Hoy puedo ver que eso también manifiesta las conexiones del teatro con la vida en un sentido más complejo. Robert y Gustav son dos personajes que estaban inevitablemente aposentados en algo mío, eso lo sabía cuando quise interpretarlos y los interpreté, pero... es algo más perturbador lo que me ocurre con ellos. Ambos dramáticamente se parecen y por otro lado son inexistentes mientras no se vivencien a través de mi cuerpo, memorias y emociones. Sin embargo, después que los he dejado han seguido presentes como sombras, expresando cada vez más nítidamente una especie de secreto que siempre me ofrecieron para que yo los descubriera. He tenido que vivir algunas cosas para darme cuenta, incluso, que esas cosas son analógicas a sus circunstancias dadas, es decir, ya estaban clarívidamente en el texto y hoy las estoy viviendo en mi propia vida real. Esto puede parecer esoterismo pero estoy seguro de que significa algo importante.

Otro maestro fue Raúl Osorio. El primer curso en la Escuela de Teatro era fundamental y se llamaba **Percepción**. Lo que al principio fue un desempeño inseguro y equivocado se me transformó en asertividad. Este proceso lo pasé bajo su severa y distante mirada. Atenta y profunda mirada. Me incluyó después en **Esperando la carroza** y más adelante trabajaría profesionalmente con él durante mucho tiempo. Viajamos juntos por México, Nueva York e Italia con la última versión de su espectáculo **No +** y después iniciamos una investigación práctica para hacer una obra con otros actores. De Raúl he aprendido mucho, especialmente una posición o estado que suele ser tan dolorosa como inevitable: la radicalidad del trabajo, el hecho de que en un momento determinado –que es real y cotidiano– hacer el teatro es lo más importante que está ocurriendo. Hoy incursiono en la pedagogía y la dirección y, qué extraño... siento que llevo un sello muy concreto de esto en mi quehacer. Guardando las diferencias, las distancias y las identidades, veo, me veo, teniendo una actitud como la que tantas veces vi en él, participando de algo parecido a un estigma.

A la hora de pensar en qué consiste exactamente la identidad de la Escuela de Teatro U. C. –parte activa de la gran tradición del Teatro de Ensayo– podría señalar que ella consiste en un camino hacia la integralidad. Más allá de que esta Escuela *tenga más línea teórica que otras*, se genera una formación planificadamente dirigida hacia la comprensión viva de la totalidad del hecho teatral. Como todo en la vida, entender y asumir las claves depende de cada cual. Puedo verme como un producto de esto a través de la forma como hoy en día planteo y proyecto mi trabajo en el teatro. A muchos teatristas de generaciones anteriores –también egresados de aquí– les ha ocurrido lo mismo y han consolidado sus creaciones de esta manera.

Don Egon Wolff, otro importante maestro de quien tuve la dicha de aprender, siempre nos insistía que *lo dramático* pertenece a lo real y que no se puede renunciar a la dramaticidad de la vida. Quiero señalar algo de Akira Kurosawa, uno de los últimos maestros del cine que aún viven y trabajan. En un alto de la filmación de su última película, a este anciano fatigado y animoso alguien le preguntó: *qué es, finalmente, el Cine*. El sonrió y después de unos instantes respondió que había llegado a la conclusión de que no sabía.